

quien que los filósofos. Bastaba que hubiese pronunciado la palabra malsonante *tolerancia*, para que le tratasen de impío y de ateo. No les faltaba razón. La tolerancia es de origen filosófico; el que la acepta ya no es cristiano, á lo menos como se entendía el cristianismo en el siglo XVIII. Hay realmente, en el *Espíritu de las leyes*, sentencias que recuerdan las *Lettres persanes*. ¿Acaso un católico, á la manera de los papas que censuran la herejía como un crimen de lesa majestad divina, hubiera podido firmar estas palabras? "Hay que honrar á la divinidad y no vengarla nunca. En efecto, si se quiere esta última idea, ¿cuál sería el fin de los suplicios? Si las leyes de los hombres tienen que vengar á un ser infinito, se regirían por su infinidad y no por las debilidades, por las ignorancias, por los caprichos de la razón humana," (1). Palabras profundas, que destruyen fundamentalmente la noción de la herejía. y que, llevadas al extremo, destruyen también el dogma del infierno.

Montesquieu era libre pensador á pesar suyo. La filosofía es la que ha inspirado la más hermosa página del *Espíritu de las leyes*: la muy humilde exhortación á los inquisidores de España y Portugal, por una Judía de diez y ocho años, quemada en Lisboa en el último auto de fe. Oigamos á la desgraciada víctima de la intolerancia católica:

"Os conjuramos, no en nombre del Dios poderoso que adoramos todos, sino en nombre del Cristo que nos decis haber tomado la condición humana para proponeros ejemplos que pudieseis seguir; os conjuramos á que obréis con nosotros como obraría él mismo, si aún estuviese en la tierra. Queréis que seamos cristianos, y vosotros no queréis serlo.

"Pero si no queréis ser cristianos, á lo menos sed hombres, tratadnos como lo hariais si, no teniendo más que esos débiles resplandores de justicia que nos da la naturaleza, no tuvieseis una religión para conducirnos y una revelación para ilustrarnos.

"Si el cielo os ha amado lo bastante para haceros ver la verdad, os ha hecho una gran gracia; pero ¿son los hijos que han recibido la herencia de sus padres los que deben odiar á los que no la han recibido?

(1) *Esprit des lois*, XII, 4.

"Si poseéis la verdad, no nos la ocultéis con la manera como nos la proponéis. El carácter de la verdad es su triunfo sobre los corazones y los espíritus, y no esa impotencia que confesáis cuando queréis hacerla aceptar por medio de los suplicios," (1).

Esta exhortación no es la obra más inútil que se haya escrito, como dice Montesquieu. Tiene mayor alcance de lo que parece. No es únicamente una protesta de la humanidad contra los sacrificios humanos de que los inquisidores hacían una ceremonia religiosa; es la condenación de toda especie de intolerancia, de toda especie de persecución. No hay una palabra en esta defensa que no pueda aplicarse á la Iglesia tanto como á la Inquisición. En suma, ¿no es la Iglesia la que ha insituido este honroso tribunal? ¿No es ella quien la ha llamado el *Santo Oficio*? Censurar á la Inquisición es censurar á todos los perseguidores. ¿Por qué, pues, Montesquieu, en vez de estigmatizar á los inquisidores, no dirige sus golpes más arriba? El poder del Santo Oficio se iba, mientras que la Iglesia, en 1750, parecía todavía inmortal. Es decir, que el ilustre autor del *Espíritu de las leyes* no tenía el valor de sus opiniones. D'Alembert le ha dado el hermoso nombre de *bienhechor de la humanidad*. Esta gloria pertenece á un luchador más generoso y más enérgico, á Voltaire.

II.—Voltaire.

Voltaire se llama á sí mismo el *apóstol de la tolerancia* (2). Sus enemigos le han disputado este hermoso título; dicen que su tolerancia no es más que la indiferencia, y en apoyo de su acusación, citan las propias palabras del gran desconfiado. Al enviar su tratado *de la Tolerancia* á d'Alembert, dice: "Se ha examinado mucho tiempo, al componer esta obra, si había que atenerse simplemente á predicar la *indulgencia y la caridad*, ó si no debería temerse inspirar la *indiferencia*. Se ha convenido unánimemente en la *necesidad* de decir cosas que conducían, á pesar del autor, á esta *indiferencia fatal*, porque jamás se obtendrá de los hombres que sean indulgentes en el fanatismo, y es preciso enseñarles á despreciar, á mirar hasta con

(1) *Esprit des lois*, xxv, 13.

(2) *Lettre à Formey*, de 1771 (*Œuvres*, t. LV, p. 552, edición de Renouard).

horror las opiniones por que combaten," (1). Cuando Voltaire afirma que es *á pesar suyo* por lo que él inspira la indiferencia, puede asegurarse que ese era su objeto principal. Hay más: el *apóstol de la tolerancia* tenía perfectamente razón. ¿Cuál es la *indiferencia* que Voltaire se veía obligado de predicar, si quería difundir los sentimientos de tolerancia? Había una religión que hacía de la intolerancia un derecho, de la persecución un deber: era el cristianismo tradicional: querer hacer tolerantes á gentes que por creencia son intolerantes, dejando esta creencia, hubiese sido una locura. Voltaire tenía demasiado buen juicio para emprender una cosa tan absurda. La intolerancia ha nacido con el dogma de la revelación: á este dogma, pues, era al que había que atacar y destruir, si se quería que la persecución fuese reemplazada por la humanidad. En este sentido, es muy cierto que Voltaire predicó la indiferencia y muy cierto que debía predicarla. Esta era su misión, como apóstol de la libertad religiosa.

Voltaire tiene cuidado de proclamar que la intolerancia ha nacido con el cristianismo. Es lo primero que dice en su *Diccionario filosófico* al definir la *herejía* una *opinión escogida*: "No honra mucho á la razón humana el que se haya odiado, perseguido, matado y quemado por *opiniones escogidas*; pero lo que nos honra menos aún es que esta manía nos haya sido particular, como la lepra lo era entre los Hebreos y en otro tiempo la sífilis á los Caribes," (2). Voltaire acusa al cristianismo de haber sido intolerante desde su origen. "¿Por qué, exclama, el monstruo intolerante habita en el fango de las cavernas habitadas por los primeros cristianos? ¿Por qué, desde esas cloacas en donde se alimentaba, pasó á la escuela de Alejandría, en donde esos medio cristianos, medio judíos enseñaron? ¿Por qué se estableció tan pronto en las cátedras episcopales y se sentó, en fin, en el trono, al lado de los reyes que se vieron obligados á hacerle sitio y que á veces fueron precipitados por él desde lo alto de su trono? Antes de nacer este monstruo, jamás había habido guerras religiosas sobre la tierra, jamás había habido cuestión alguna sobre el culto. Nada hay más cierto; los más determinados impostores que aún escriben hoy

(1) *Lettre du 13 février 1764* (t. LXII, p. 569).

(2) *Diccionario filosófico*, en la palabra *Herejía* (t. xxxvi, página 364).

contra la tolerancia no se atreverían á negar esta verdad," (1).

Voltaire se equivoca diciendo que los primeros cristianos fueron ya intolerantes. No, Jesús no predicó la intolerancia; al contrario, vino á libertar la conciencia humana del despotismo que el Estado antiguo ejercía tanto sobre el creyente como sobre el ciudadano; haciendo de la religión una relación directa entre el hombre y Dios, sin la mediación de una Iglesia, fundó realmente la libertad religiosa. Por esto los protestantes, á medida que han abandonado la tradición católica para aproximarse al Evangelio, se han hecho tolerantes, sin dejar de ser cristianos. En el catolicismo, esto es imposible, porque tiene la pretensión de haber sido, desde el primer día de la predicación evangélica, lo que es hoy. Voltaire era católico, sin saberlo, cuando hacía remontar la intolerancia hasta á los fieles que se reunían en las catacumbas. Esos cristianos no sabían lo que era la divinidad del Cristo, y la verdad absoluta de que la Iglesia pretende ser depositaria: luego es en esos dogmas en donde se encuentra el germen de la intolerancia.

Voltaire, por otra parte, lo reconoce; su admirable buen juicio le eleva por cima de las preocupaciones católicas, y reemplaza á una ciencia que no tenía, ni nadie tampoco en Francia, en su época. Porque el catolicismo pretende ser el único que posee la verdad, por esto es fatalmente intolerante y lo será siempre. Voltaire se indigna contra este estúpido orgullo: "¡Ay del pueblo tan imbécil y tan bárbaro que piensa que hay un Dios para su respectiva provincia! Eso es una blasfemia. ¡La luz del sol alumbrá á todos los ojos, y la luz de Dios no había de alumbrar más que una pequeña y ruin nación en un rincón de este globo! ¡Qué horror y qué estupidez! La Divinidad habla al corazón de todos los hombres, y los lazos de la caridad deben estar unidos de un extremo á otro del universo," (2).

Los defensores del cristianismo dicen que no se debe confundir el abuso con la religión: "Jesucristo no ha mandado ni la muerte de Juan Hus, ni la de Ana Dubourg, ni la de Servet, ni la de Juan Calas, ni las guerras civiles, ni la Saint-Bar-

(1) *La Paix perpétuelle*, § 5 (t. xxvi, p. 38).

(2) *Diálogos*, xv.

thélemy., En el terreno del cristianismo evangélico, la apología es decisiva; pero no tiene ninguna fuerza en presencia de la tradición católica, y no hay que olvidar nunca que Voltaire tenía que habérselas con el catolicismo, incrustado en sus antiguas preocupaciones. Cuando uno se coloca en el punto de vista de esta religión, que, aunque era toda ella decrepitud, aún hubiera perseguido si hubiera tenido poder para ello, hay que decir con su formidable adversario: "No se me persuadirá que un tigre que ha devorado todos mis parientes no se los ha comido sino por abuso, y no por crueldad de su naturaleza. Si la religión cristiana no hubiera hecho perecer más que un pequeño número de ciudadanos, podría imputarse este crimen á causas extrañas. Pero que durante catorce ó quince siglos enteros, cada año se haya señalado por muchas muertes, sin contar los desórdenes horribles de las familias, los calabozos, las dragonadas, las persecuciones de toda especie, peores tal vez que la misma muerte; que esos horrores se hayan cometido siempre en nombre de la religión cristiana, que ella sea el único ejemplo de esas abominaciones, ¿á quién puede atribuirse más que á ella misma? Todos esos asesinatos de tan diferentes especies no han tenido más que ella por objeto y por sujeto: ella ha sido, pues, la causa. Si ella no hubiera existido, ninguno de esos horrores habría manchado la tierra. Los dogmas han traído las disputas, las disputas han producido las facciones, estas facciones han hecho nacer todos los crímenes, ¡Y os atrevéis á decir que Dios es el padre de una religión bárbara, engordada con nuestros bienes y teñida con nuestra sangre, mientras que le era tan cómodo darnos una tan dulce como verdadera, tan indulgente como clara, tan bienhechora como demostrada!," Voltaire añade, lo que atestigua su buena fe tanto como su elevada razón, que no es la moral del cristianismo la que ha engendrado la intolerancia y la persecución; sabe muy bien que el Evangelio no inspira sino la paciencia y la dulzura, que enseña á sufrir y no á perseguir. Pero ¿es la moral la que constituye la esencia del cristianismo, ó es el dogma? El dogma es la fuente desgraciada de todos los males que ha producido la persecución; el dogma es el que enseña que Jesucristo es con substancial al Padre; que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y mil absurdos de este género; este dogma es el que se ha querido impo-

ner á los hombres, diciéndoles: "Creeréis ó arde- réis eternamente en el infierno y pereceréis en un cadalso," (1).

Esta es la religión que no quiere Voltaire: "El único medio de dar la paz á los hombres es el destruir todos los dogmas que los dividen y restablecer la verdad que los reúne. Esta paz no es una quimera; subsiste en todos los hombres honrados, desde la China hasta Quebec: veinte príncipes de la Europa la han abrazado bastante públicamente. No hay ya más que los imbéciles que imaginan creer en los dogmas; estos imbéciles son los más, es cierto, pero los menos que piensan dirigen con el tiempo á los más. El idolo cae, y la tolerancia universal se levanta todos los días sobre sus pedazos; los perseguidores inspiran horror al género humano. Que todos los hombres trabajen, pues, cada cual según sus fuerzas, para aniquilar al fanatismo y traer la paz que ese monstruo había destruido de los reinos, de las familias y del corazón de los desgraciados mortales," (2).

El fanatismo, se dice, en boca de Voltaire, es sinónimo de cristianismo; sobre las ruinas de la religión cristiana, es decir, sobre las ruinas de toda religión quiere levantar la tolerancia. Hemos respondido de antemano á este eterno cargo de los partidarios del pasado al héroe del siglo XVIII. No, la tolerancia de Voltaire no es la indiferencia universal, porque esa tolerancia misma es una religión. Esto no es una excusa imaginada después para justificar al ilustre incrédulo. Él mismo escribe á Catalina II: "Es la tolerancia lo que yo quiero, es la religión lo que yo predico," (3). ¿Cuál es esta religión predicada por un hombre que pasa por ser el tipo de la incredulidad? Es lo que va á decirnos Voltaire: "¿Qué es la tolerancia? Es la condición de la humanidad. Todos estamos llenos de debilidades y de errores; perdonémonos recíprocamente nuestras tonterías: esa es la primera ley de la naturaleza," (4) La humanidad, en cuyo nombre predica Voltaire la tolerancia, no es únicamente la debilidad humana; es la fraternidad, es la caridad que abraza á todos los hombres: "No es menester un gran arte, ni una elocuencia muy esmerada, para probar que los cristianos deben to-

(1) *Questions sur les miracles* (t. XL, p. 330, 331).

(2) *La Paix perpétuelle*, § 32 (t. XXVI, p. 70).

(3) *Lettre du 13 février 1773* (t. LVIII, p. 224).

(4) *Dictionnaire philosophique*, en la palabra Tolerancia (tomo XXXVIII, p. 406).

lerarse los unos á los otros. Voy más lejos: os digo que hay que mirar á todos los hombres como á nuestros hermanos. ¡Cómo! ¿A mi hermano el Turco? ¿A mi hermano el Chino? ¿Al Judío? Sí, ciertamente: ¿no somos todos hijos de un mismo padre y criaturas del mismo Dios?," (1).

Hace diez y ocho siglos, dicen los escritores católicos, que el Cristo y el apóstol de los Gentes han enseñado la fraternidad universal. Responderemos con la Sagrada Escritura que por el fruto se juzga al árbol. Si, los Padres de la Iglesia predicaban la caridad, la fraternidad; pero ¿á qué conduce su doctrina? Compárense San Agustín y Voltaire. Nadie negará que el doctor de la gracia no haya ensalzado la caridad cristiana en el más alto grado; ahora bien, en nombre de esa caridad enseña que la intolerancia es un derecho y la persecución un deber; él es quien formuló el dogma funesto que ensangrentó la Europa durante siglos. ¿Y qué dice Voltaire en nombre de la fraternidad? "Nosotros somos todos hermanos. Si alguno de mis hermanos, lleno de respeto y de amor filial, animado de la caridad más fraternal, no saluda á nuestro padre comun con las mismas ceremonias que yo, ¿debo estrangularle y arrancarle el corazón?," (2). La caridad cristiana divide á los hombres en campos enemigos y siembra entre ellos odios irreconciliables. Sin embargo, la esencia de la caridad es la unión: ¿por qué, pues, la de los cristianos se convierte en un germen de discordia, de disensión y de guerra? Porque está viciada en la fe revelada. En vano el cristiano dice que el Judío y el Mahometano son sus hermanos; ve en ellos á enemigos de Dios, y los odia como tales. Puede odiar y amar á la vez. El odio prevalece. La fraternidad filosófica no conoce la fe revelada: nada la contiene, nada la restringe: abraza en su amor á todo el mundo. Voltaire quiere hacer del género humano una sola familia: tal es la idea que desarrolla en sus pequeñas obras, que difundía profusamente para predicar la tolerancia. El título es significativo: *de la Paz perpetua*, por el doctor Goodheart: "La única paz perpetua que puede establecerse entre los hombres es la tolerancia," (3).

En el tratado *de la Tolerancia* (4), Voltaire diri-

ge á Dios una oración para obtener una *paz perpetua*; jamás ha subido al Creador oración más santa, á pesar de la aparente ligereza de la forma: "No es ya á los hombres á quien me dirijo, es á ti, Dios de todos los seres, de todos los mundos y de todos los tiempos: si es permitido á débiles criaturas, perdidas en la inmensidad, atreverse á pedirte algo, á ti que lo has dado todo, á ti cuyos decretos son inmutables, dignate mirar con piedad los errores unidos á nuestra naturaleza, que estos errores no hagan nuestras calamidades. Tú no nos has dado corazón para odiarnos y manos para estrangularnos; haz que nos ayudemos mutuamente á soportar el peso de una vida penosa y pasajera; que las pequeñas diferencias entre los vestidos que cubren nuestros débiles cuerpos, entre nuestros lenguajes insuficientes, entre todos nuestros usos ridiculos, entre todas nuestras leyes imperfectas, entre todas nuestras opiniones insensatas; que todos esos pequeños matices que distinguen los átomos llamados *hombres* no sean señales de odio y de persecución; que los que encienden cirios al mediodía para celebrarte soporten á los que se satisfacen con la luz de tu sol; que los que cubren su vestido con una tela blanca para decir que hay que amarte, no detesten á los que dicen lo mismo bajo una capa de lana negra; que sea igual adorar-te en una jerga formada de una lengua antigua ó en una jerga más moderna... ¡Puedan acordarse todos los hombres de que son hermanos! ¡Que tengan horror á la tiranía ejercida sobre las almas, como execran el bandolerismo que se apodera por medio de la fuerza del fruto del trabajo y de la pacífica industria! ¡Si los azotes de la guerra son inevitables, no nos odiamos, no nos desgarramos los unos á los otros en el seno de la paz, y empleemos el instante de nuestra existencia en bendecir igualmente en mil lenguas diversas la bondad que nos ha dado este instante!,"

Ahora comprenderemos la guerra á muerte que Voltaire hace á la intolerancia cristiana. Tiene razón cuando dice que hace á los hombres peores que á los bárbaros: "¿Qué nación salvaje se ha manchado nunca con la sangre de cien mil maniqueos, como la emperatriz Teodora? ¿Qué Iroqués y Algonquinos tienen que acusarse de matanzas religiosas tales que la Saint-Barthélemy, Montfort y cien abominaciones semejantes que han hecho de la Europa cristiana un vasto cadalso cubierto de

(1) *De la Tolerancia*, c. XXII (t. XXVII, p. 178).

(2) *Diccionario filosófico*, en la palabra Teísmo.

(3) *De la paz perpetua*, § 26.

(4) Cap. XXXIII (*Obras*, t. XXVII, p. 183).

sacerdotes, de verdugos y de pacientes? La intolerancia cristiana es la única causa de estos horribles desastres; es preciso que los repare la tolerancia,, (1).

¿Cómo inspirar la tolerancia á un pueblo que, á pesar de su ligereza, tiene pasiones vivas y se deja llevar fácilmente á toda clase de excesos? Voltaire toma todos los tonos: unas veces se burla, otras se indigna; sin embargo, cosa notable, él, á quien le gusta tanto reirse, casi no ríe al hablar de las locuras criminales de la intolerancia. En sus obras de la juventud, cuando era aún más literato que filósofo, emplea algunas veces el chiste; pero á medida que adelanta en su carrera, la ironía cede el puesto á una santa cólera, y se dedica completamente á su misión de apóstol. En sus *Lettres sur les Anglais* se burla de la intolerancia cristiana: "Nunca se ha conocido entre los Romanos la locura horrible de las guerras de religión; esta abominación estaba reservada á los devotos, predicadores de humildad y paciencia. Mario y Sila, Pompeyo y César, Antonio y Augusto no se batían para decidir si el *flamen* debía llevar su camisa encima de su toga, ó su toga encima de su camisa, y si los pollos sagrados debían comer y beber, ó solo comer, para que se tomaran los augurios,, (2). Voltaire ríe siempre un poco; pero cuando habla de la intolerancia, la indignación triunfa. En su tratado de la *Tolerancia* es grave y serio: "Cree lo que yo creo y lo que tú no puedes creer, ó perecerás. Esto es lo que se dice en Portugal, en España, en Goa. En otros países se satisfacen hoy con decir: *Cree, ó te aborrezco; cree, ó te haré todo el mal que pueda; monstruo, tú no tienes mi religión, luego tú no tienes religión; es preciso hacerte horrible á tus vecinos, á tu ciudad, á tu provincia*. Si fuera de derecho humano conducirse así, el Japonés tendría que detestar al Chino, éste que execrar al Siamés, éste perseguiría á los del Ganges, que caerían sobre los habitantes del Indostán; un Mogol arrancaría el corazón al primer Malabar que encontrase; el Malabar podría degollar al Persa; éste podría matar al Turco, y todos juntos se arrojarían sobre los cristianos que se han devorado durante tanto tiempo los unos á los otros,, (3).

(1) *De la paz perpetua*, § 4 (t. xxvi, p. 38).
(2) *Lettres sur les Anglais*, VIII (t. xxiv, p. 33).
(3) *De la Tolerancia*, c. vi (t. xxvii, p. 76).

Voltaire dice que la intolerancia es el derecho de los tigres; es más horrible, porque los tigres no se destrozan con escritos (1). Esta censura parece exagerada; pero los que conocen la historia saben que está escrita con letras de sangre en todas las páginas de los anales cristianos. ¿Hace falta recordar las guerras excitadas por el furor del fanatismo, esas guerras que Voltaire llama *guerras de caníbales*? ¿Hay que recordar los asesinatos inspirados por la religión, la Saint-Barthélemy, que *cambió en fieras á una nación dulce y ligera*? ¿Hay que recordar los autos de fe, *verdaderos sacrificios humanos*? ¿Hay que recordar las guerras de religión que trajeron á Europa una especie de barbarie que los Vándalos y los Hunos no conocieron jamás? Si esta rabia no hubiera cesado, la Europa se hubiera convertido en un vasto cementerio. Asociémonos, pues, á la maldición pronunciada por Voltaire contra la intolerancia cristiana:

*Périsse à jamais l'effreuse politique
Qui prétend sur les cœurs un pouvoir despotique,
Qui veut, le fer en main, convertir les mortels,
Qui du sang hérétique arrose les autels,
Et suivant un faux zèle ou l'intérêt pour guide
Ne sert un Dieu de paix que par des homicides* (a) (2).

Repetiremos aún con Voltaire esta imprecación lanzada contra los sacerdotes de un Dios de caridad:

Faut-il donc à nos dieux des bourreaux pour ministres? (b) (3).

Cuando se tiene en cuenta la misión de Voltaire, cuando se sabe cuál es la religión que combatía bajo el nombre de fanatismo, no escandalizará ya que la llamase *infame*. No es un ateo quien arroja esa mancha en el cristianismo tradicional, ni siquiera es un incrédulo; es un creyente que profesa una nueva religión, la de la verdadera caridad. Voltaire mismo nos dice su pensamiento en la intimidad de la correspondencia: "Se haría uno *desbautizar* cuando se lee la Saint-Barthélemy, las matanzas de Irlanda y la historia de Calas. A lo menos, habría mucha razón para hacerse *descato-*

(1) *Ensayo sobre las costumbres* c. cxxviii, clxxi, cxi, cxxviii, cxxxiv.

(a) Perezca para siempre la honrosa política—que pretende un poder despótico sobre los corazones,—que, con el hierro en la mano, quiere convertir á los mortales,—que riega los altares con sangre,—y siguiendo un falso celo, ó por guía el interés,—no sirve más que con homicidios á un Dios de paz.

(2) *La Henriada*, canto II.

(b) Necesitan, pues, nuestros dioses verdugos por ministros?

(3) *Les Guébres*, acto II, escena II.

lizar,, (1). En este sentido Voltaire dice á Dios:

Je ne suis pas chrétien, mais c'est pour t'aimer mieux (a) (2).

Hemos dicho que la tolerancia de Voltaire es una religión; consiste "en servir á su prójimo por el amor de Dios, en vez de perseguirlo y degollarle en nombre de Dios. Tolerando todas las demás y mereciendo de este modo la benevolencia de todas, ella es la única capaz de hacer del género humano un pueblo de hermanos,, (3). Esta religión la llamaba Voltaire el *teísmo*; en nuestra época de ciega reacción, se quisiera confundir los *teístas* con los *ateos*. ¿Por qué no siguen nuestros celosos católicos la profesión de fe de Voltaire? "¿Qué es un verdadero teísta? Es el que dice á Dios: *Os adoro y os sirvo*. Es el que dice al Turco, al Chino, al Indio y al Ruso: *Os amo*, (4). Citemos todavía este hermoso verso de la *Ley natural*:

«Enfants du même Dieu, vivons du moins en frères» (b).

Los defensores del catolicismo, ¿dirán aún que este verso es un plagio, un robo al catolicismo? ¿Cómo es, pues, que en el siglo XVIII, la Iglesia de Francia, la más liberal del mundo católico, se obstinaba en pedir la ejecución rigurosa de los edictos de Luis XIV contra los calvinistas, mientras que Voltaire reclamaba el llamamiento de los Franceses expatriados por causa de religión? Hemos mencionado las quejas de los obispos y de los abades contra la inejecución de los edictos del gran rey. Vamos á oír al que los reaccionarios llaman demonio; el lector decidirá de qué lado está la verdadera religión, de qué lado está el verdadero cristianismo, si se entiende por esto la caridad de Cristo. Esta comparación entre el lenguaje del clero galicano y el de Voltaire será también una respuesta á nuestros nuevos católicos. Jamás se han alterado los hechos con más audacia. Si se oye á los imprudentes defensores del pasado, el catolicismo no ha sido perseguidor; lejos de eso, ha predicado siempre á los príncipes la dulzura y la indulgencia; si hoy disfrutamos de la libertad de conciencia, á

(1) Cartas inéditas *Revue de Deux Mondes*, 1862, t. II, página 440.

(a) Si yo no soy cristiano, es para amarte mejor.

(2) Poesías. *Le Pour et le Contre*, de 1722.

(3) *Dictionnaire philosophique*, en la palabra *Religion*, sec. I.

(4) *Dictionnaire philosophique*, en la palabra *Théisme*.

(b) Hijos del mismo Dios, vivamos á lo menos como hermanos.

él debemos este gran beneficio. Nosotros acusamos á los apologistas de imprudencia; en efecto, ¿será por medio de la mentira como se rehabilitan las religiones? ¿Será por la hipocresía como se salvan?

En su tratado de la *Tolerancia*, Voltaire pide el llamamiento de los calvinistas, que habían buscado en el extranjero un refugio contra la intolerancia católica: "El interés del estado, dice, está en que los hijos expatriados vuelvan *con modestia* á casa de su padre; la humanidad lo exige, la razón lo aconseja, y la política no se debe asustar por ello., Se ve cuán contenido y mesurado es el lenguaje del filósofo. No es en nombre del derecho como habla; no quiere que los reformados vuelvan como vencedores, como conquistadores; no pide para ellos más que una medida de humanidad. Voltaire responde con una moderación extrema á las malas razones que los católicos le oponen: nada pinta mejor la incurable intolerancia del catolicismo: "Algunos han dicho que usar de una indulgencia paternal hacia nuestros hermanos errantes que ruegan á Dios en mal francés valdría tanto como ponerles las armas en la mano; que se verían nuevas batallas de Jarnac, de Moncontour, etc. Lo ignoro, porque no soy profeta; pero me parece que no es razonar con consecuencia decir: *Estos hombres se han sublevado cuando les he hecho mal: luego se sublevarán cuando les haré bien.*, Los católicos repetían siempre que la unidad de religión es una condición de paz por el Estado. Voltaire responde que los tiempos, la opinión, las costumbres, han cambiado mucho: "El furor que inspira el espíritu dogmático ha vertido tanta sangre, ha producido tantos desastres en Alemania y en Inglaterra, como en Holanda y en Francia; sin embargo, hoy la diferencia de las religiones no causa ninguna perturbación en esos Estados; el judío, el católico, el griego, el luterano, el calvinista, el anabaptista, el sociniano, el menomnita, el moravo y tantos otros viven como hermanos en esas comarcas y contribuyen igualmente al bien de la sociedad,, (1).

Tal era aún en el siglo XVIII el poder de las preocupaciones católicas, que Voltaire no se atrevió á pedir para los reformados la misma libertad

(1) *De la Tolerancia*, c. IV (t. xxvii, p. 64 65).